



UN REINO FELIZ

Nicholas Avedon

UN REINO FELIZ



Primera edición: junio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Nicholas Avedon

ISBN: 978-84-19340-52-8

ISBN digital: 978-84-19340-53-5

Depósito legal: M-16087-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Rebeca, Gabriel y Mateo: este libro representa la parte de
mí que os he robado durante algo más de un año.
Ninguna dedicatoria compensará eso.
Sin vosotros no habría sido posible mantener el equilibrio que
me permite asomarme al abismo.*

*Quiero expresar mi agradecimiento también a todas aquellas
personas que dedicaron su tiempo a leer la novela cuando aún
no existía como tal y me ayudaron con sus puntos de vista
únicos y personales: Raquel, Silvia, Marta, Ana, Darío, José
María, Johnny y también a un amante de las letras emigrado
a Alemania que me fustigó y me sacó de mi autocomplacencia
como nadie ha hecho jamás.*

PARTE 1. MIKEL

1. EL HORIZONTE DE UN CAMPO DE TRIGO EN PRIMAVERA

¿Por qué siempre que intento abrir el portal de casa uso la llave que no es? Cuando cojo el manajo entre mis dedos se cuele siempre la llave equivocada. Igual la llave es la buena y lo que falla es la cerradura. Sonrío, pese al frío. Al final, como siempre, encuentro la llave del portal. Físicamente es idéntica a la otra, pero esta abre y la otra no. Me puedo tomar todo el tiempo del mundo viendo cómo mi mano busca la llave y manosea el llavero, como si no fuera conmigo. Como si no estuviera ahí. Cuando estoy a punto de abrir la puerta, viene un vecino y me oigo a mí mismo darle las buenas noches. Mi voz suena ajena, siempre lo ha hecho. Sonrío y el tipo me mira extrañado, como si ya no tuviera derecho a sonreír. Supongo que no lo tengo, pero lo hago de todas maneras. Guardo las llaves en el bolsillo y cruzo el umbral pensando en qué voy a cenar. Me cruzo con Iván, uno de los pocos vecinos que se han ganado el derecho a que recuerde su nombre; se despide al llegar al patio y enfila hacia su portal. Supongo que podríamos habernos preguntado por la familia y todas esas cosas. Ambos sabemos que es mejor así.

Quinta planta. El ascensor me trae recuerdos que esquivo, observo mi imagen reflejada en el espejo y lo que veo no me gusta. Debería quitarme la barba. No entiendo por qué no lo hice ya.

Ceno mientras veo la televisión. Luego me lavo los dientes y

preparo la maleta para el viaje de mañana. Sevilla. Odio esa ciudad; la odio casi tanto como a Córdoba, Huelva, Cádiz o Almería. Solo me gustan sus playas infinitas y desiertas, buenos lugares para perderse. Pero no, el proyecto es en el centro de Sevilla. Al menos podré ir en tren. Tendré que soportar al Albert, pero parece que es el único que se atreve a venir conmigo una semana. No los culpo.

Miro de forma fugaz el libro de la mesilla. Lleva ahí más de dos años. No me atrevo a abrirlo. Debería tirarlo a la basura tal como está. Verifico que el despertador del móvil está bien puesto y apago la luz. Me duermo pensando si llevaré la corbata roja o la azul en un duelo cíclico de pensamientos.

*

Cuando despierto, la luz se filtra ya por la persiana. Superpuestos sobre el silencio, los rayos de luz delatan las partículas de polvo que flotan en el aire ajenas a todo. Respiro para comprobar si estoy vivo o es un sueño. Miro el despertador del móvil. Aún no ha sonado, pero está a punto, y lo callo antes de que lo haga. Estoy vivo. No es un sueño.

*

Para cuando llego a la terminal de alta velocidad de Atocha, Albert ya está esperándome. Su sonrisa no engaña a nadie, lo mismo que su atuendo: el traje le queda enorme y la corbata que lleva parece un trozo de cortina tiesa. Se frota las manos con nerviosismo.

—Bueno, allá vamos, ¿no? ¿Has estado antes en Sevilla?

—Sí —replico—. Con mi mujer, hace años.

Se hace el silencio. Me doy cuenta de lo que he dicho después de que Albert no sepa dónde mirar. Pasamos los móviles con el código activado y las barreras se abren. Nos escanean, cada uno en su cubículo, y después de que la luz verde aparezca como un oráculo, se abre la puerta de salida con un clic metálico. ¿Existirá un color diferente del rojo o del verde en estos sistemas? ¿Amaril-

llo?, ¿fucsia? Me pregunto qué significará el color morado. Código morado. Suena interesante. Es curioso que en el año 2025 todavía no se hayan puesto de acuerdo para los colores en los controles de seguridad. Solo el rojo parece tener un significado universal: sangre, fuego, peligro.

*

Ya en el tren, abrimos los portátiles y buscamos algo dentro que nos haga pasar el rato. Albert de vez en cuando me echa miraditas, por si quiero hablar, supongo, y como me resisto, al final me acaba arrastrando a la cafetería.

—Los de Siemens nos van a dar problemas —auguro.

—No sé; no deberían. Son los fabricantes, ¿no? —replica él moviendo el café con la cucharita de plástico.

—Sí, pero aquí, en España, no tienen a nadie competente; estuve en un proyecto hace meses en La Coruña y creo que van a ser los mismos, había que hacerles todo.

—Pues estamos apañados, en dos semanas no va a dar tiempo a mucho —replica Albert.

Sigue nervioso. A nuestro alrededor no hay demasiados turistas. La mayoría de la gente que viaja temprano es por trabajo. Observo mudo las mismas caras de sueño que llevo observando los últimos años. Remuevo el café con un giro de muñeca, con tan mala suerte que una gota sale volando y me cae en el puño de la camisa. Por un momento esperanzador parece una gota de sangre.

Me bebo lo que queda de café y tiro el vaso a la papelera. Me siento cansado, pero Albert no me deja tranquilo.

—Me han dicho que cerca del hotel hay un par de sitios interesantes, para tomar algo, ya sabes.

Lo miro como si me hablara en otro idioma. No me apetece escuchar nada más, pero él insiste.

—Habrà que salir, ¿no? —dice, intentando una sonrisa pícara que se cae a pedazos.

—Claro —replico, muy a mi pesar. No me molesto en seguirle la corriente, pero pienso que debería hacerlo. Albert siempre me pareció un pobre diablo, pero ahora ya no sé qué pensar sobre lo que significa eso.

*

El resto del viaje transcurre como si estuviera dentro de una bolsa de plástico transparente. Un producto más para ser servido en la mesa de café. Transportado junto a otros muchos envoltorios, con un propósito singular pero totalmente anónimo. Bebo, me limpio los labios y compruebo que mi corbata esté en su sitio. Saludo dando la mano con la fuerza justa y calibro el brillo de mis ojos para que parezca que lo que me cuentan me importa algo. Asiento con la cabeza mientras intento no perderme la conversación. A veces repito la última palabra de la frase que acabo de oír para que sepan que sigo ahí, pero mi mente está atravesando un trigal infinito. Quiero pensar que detrás del horizonte visible existe un precipicio, y camino y camino esperando encontrármelo. Las reuniones, interminables, dan paso a la hora del almuerzo, donde me sorprende escogiendo un plato sin arriesgar lo más mínimo. Podría comer siempre lo mismo, sería un alivio. Después de comer, voy al baño a lavarme los dientes y a recomponerme la corbata y el pelo. A veces vomito por el placer de ver salir la comida hecha pedazos de mi cuerpo. Me siento mejor cuando no estoy lleno de comida. Se supone que debo comer para sentirme bien, pero solo hace que me sienta sucio y pesado.

*

Albert y yo descubrimos por fin por qué la gente de Siemens es tan inútil. Son lo que queda del equipo de ingeniería de España después de que los mejores se hayan ido al Reino. Había oído hablar sobre él en la red, pero no pensé que fuera a verlo tan pronto en mi entorno laboral. Salimos con nuestros nuevos compañeros

a uno de esos lugares que tantas ganas tenía de visitar Albert, y entre copa y copa, nuestros comparsas de proyecto de Siemens nos cuentan lo que está pasando en su empresa.

—No va a quedar ni dios —dice uno de ellos.

—A mí en cuanto me aprueben la solicitud, me voy. Sean seis meses o un año. Cuanto más, mejor —replica el otro. Se llama Jaime.

Nos miran, dubitativos, y luego nos preguntan casi al unísono:

—¿Y en vuestra empresa no se ha ido nadie?

—No, todavía no, aunque se oyen rumores —miente Albert.

—No sé, entre el frío y el aislamiento, a mí no me atrae mucho —digo, cayendo en la cuenta de lo bien que suena un plan así.

—Allí se va a trabajar, pero con las mejores condiciones del mundo. No es por el dinero, es por todos los servicios que hay. Lo mejor de lo mejor y, bueno..., la oportunidad de estar ahí. Dicen que es como ir a otro planeta. No existe nada igual —dice Jaime, al que más le brillan los ojos con la idea.

*

Copa tras copa, nuestros nuevos compañeros nos explican las bondades del primer estado corporativo de la historia. Hasta entonces había pensado que aquello no era más que otra forma encubierta de ahorrar impuestos, pero algo en todo aquello hace que me pique la curiosidad. No solo por ser el estado más liberal del mundo, sino por la historia de su fundación, como una cárcel privada. Mi cabeza no deja de hacerse preguntas mientras Albert, ya borracho, empieza a irse de la lengua.

—Vaya putada lo tuyo, Mikel... —dice con palabras torpes.

Un silencio se cuele en medio dando codazos molestos.

—No te des la vuelta, pero la chica morena detrás de ti te lleva observando un rato —miento. No hace falta ser muy inteligente para saber cuál es el gran problema de Albert.

—Ah, ¿sí? —pregunta, girándose con torpeza.

—Quizás deberíamos volver a dormir. Después de todo, es lunes todavía —digo sin convicción. Me gusta el ambiente del bar de este hotel donde nadie parece de ningún lugar.

—Es verdad, mañana no va a haber quien me levante —replica él, vencido.

Cruzo la mirada con la chica morena un par de veces más. No sé quién es ni me importa, pero algo en ella me hace querer salir corriendo de ahí. Me tomo lo que queda en el vaso de un trago y me despido de mi compañero:

—Me subo a la habitación. Te veo mañana a las ocho en el bufé.

Cuando estoy saliendo por la puerta, algo me hace girar la cabeza hacia la chica morena y veo que me devuelve la mirada con descaro. Mi cuerpo se niega a moverse durante unos segundos, como si no me obedeciera. Me digo cosas horribles a mí mismo. Logro bajar la cabeza y acepto que no voy a hacer el gilipollas, y menos delante de Albert. Asumo mi cobardía y me voy.

Subo en el ascensor del hotel, yo solo, y compruebo que tengo la corbata en el bolsillo de la chaqueta. Cuando me miro al espejo me estoy sonriendo. Dejo de hacerlo en el acto.

Miro la hora. Son las dos de la mañana y la mancha de café sigue en el puño de la camisa. Ahora sí que parece sangre seca.

2. EL CÍRCULO DE FUMADORES DE HUMO

Los bufés de desayuno son iguales en todas partes. No tiene nada de malo despertarse en un lugar desconocido. Uno se acostumbra, y tarde o temprano también renuncia a encontrar una lógica común en la colocación de cada elemento del desayuno. Café, solo y sin azúcar, por favor. Tostadas, mermelada de fresa o de frambuesa. Quizás algo de fruta, y si los donuts tienen buena pinta, caen siempre un par de ellos. Albert ya debería saber de qué va esto, pero no se quita de encima esa apariencia de estar fuera de lugar, despistado y perdido. Levanto la mano para que me vea y veo que su corbata favorita puede ser probablemente la única que haya traído. Es espantosa, lo mismo que sus zapatos negros sin brillo ni forma, que parecen de uniforme de colegio.

Extiendo la mantequilla en la tostada quemada y mientras, sin saber por qué, pienso en la playa. En una playa invernal, cuando el sol ya se ha puesto y la luz está teñida de azul.

El café sabe horrible. Odio los cafés de los desayunos de los hoteles.

—Tengo un sueño que me muero —dice Albert.

Bostezo como confirmación y pienso en lo fácil que sería mejorar su frase con ayuda de un par de palabras extra. Me veo arrastrándome el resto del día. Mastico sin convicción la tostada y observo esa manía que tiene de abrir el sobre de azúcar y espolvorearlo en círculos concéntricos dentro de su té con leche. Lleva

un anillo antiguo y extraño en la mano y hace un ruidito rítmico y constante al remover el líquido con la cucharilla en la taza.

—Es de mi abuela —dice él, orgulloso, mostrándome el anillo.

Sigue con el tintineo de la cucharilla en la taza y me muerdo el labio por dentro mientras un escalofrío me recorre de abajo arriba. Su cara bovina me está provocando. No hay forma de que su corbata verde de cuadros combine con nada que no sea el mantel de la mesa. El poco pelo que le queda en la cabeza está tan grasiento que ni siquiera el desastre de traje puede despistar del espantapájaros reventado que tengo delante.

—Hoy pasamos de los tipos de Siemens, me ponen nervioso —dice.

—¿Por?

—No sé, me hacen sentir incómodo.

Lo que le hace sentir incómodo es su propia mediocridad, pero no tiene solución. Me da pena, pero eso no resuelve nada. Tengo que pasar nueve días más con él y preveo un desastre.

—Vale, esta noche cambiamos de sitio. A la salida los despistamos, si quieres.

—Bueno, tenemos muchos días por delante —contesta.

—Perfecto —contesto mientras pienso en la playa de invierno bajo la lluvia.

*

Camino a la oficina del cliente subidos en el taxi, Albert prepara las tarjetas de visita para la reunión. De alguna manera, al verlo, me revuelve el estómago y siento ganas de vomitar sin saber por qué. No sé si es el color verdoso de los cristales de sus gafas doradas o su aspecto desaseado y grotesco. No es mal tío, pero no hago más que pensar cosas desagradables sobre él.

Me repito a mí mismo que es un buen hombre y que solo tiene una enorme falta de autoestima. Sonrío pensando en que los cobardes se juntan y que pronto llevaré camisas a cuadros.

Albert, perplejo, se observa furtivamente en el retrovisor del taxista para peinarse un poco con los dedos. Ruego para que no me pregunte si va bien. No podría mentirle.

—Tranquilo, Albert, esto es pan comido. Solo tenemos que repetir lo que hemos hecho ya una docena de veces. Como en Teruel, hace tres años, ¿te acuerdas?

—Sí. Estuvo bien.

Recordaba el proyecto. Fue casi un trámite burocrático, pero sé que Albert lo disfrutó solo por estar cerca de Virginia. Se hubiera muerto por viajar con ella en vez de conmigo.

—Es una pena que Virginia no haya venido esta vez —digo sin poderlo evitar.

*

Recepcionistas guapas de mirada prestada y con el cuerpo en otro lugar. Bailes eróticos de tarjetas que se deslizan sobre la madera noble de la mesa. Moquetas aplastadas bajo la suela de mis zapatos de novecientos euros. Barras de desplazamiento que gimen bajo las yemas de nuestros dedos y nos muestran casillas llenas de números. Hora tras hora se van desangrando nuestras baterías, hasta que llega la hora del café y juego al despiste con mis nuevos compañeros de aventura a ninguna parte. Después continuamos con los planes de trabajo para intentar desentrañar algún pequeño misterio auténtico, sin dejar de saltar sincronizados a fuerza de combinaciones de teclado. Blanco sobre negro. Control-A. Colores de 16 bits y *emails* cruzando el ciberespacio, adelantando aviones, entregas y albaranes. Cuando me quiero dar cuenta estoy pidiendo el postre en el restaurante. Unos van fuera a fumar y yo mientras aprovecho para vomitar.

Aferrado a la taza contemplo una vida retirarse hacia la nada en un remolino silencioso. Me siento por unos segundos un pequeño artista y lamento no poder compartirlo con nadie. Siento que es hermoso, pero tiro de la cadena.

Salgo de nuevo y siento que mi cuerpo traidor me susurra por debajo de la piel el deseo de fumar, aunque llevo sin hacerlo más de una década. Me gustaría volver a fumar. Miro a Albert, que masca chicle y se excusa diciendo que es mejor eso que el tabaco. Mi sonrisa de camaradería sabe a vómito amargo. Soy incapaz de formularme una imagen de ese pobre diablo fumando.

—Yo solía fumar marihuana, pero lo dejé —digo sin saber por qué.

Albert me mira, divertido.

—¿No habrás traído...?

—No. ¿Tienes un chicle? Lo dejé hace mucho. Y no lo echo de menos —miento. Mataría por mandarlos a la mierda y pasarme la tarde fumando hasta perder la consciencia.

—Es una pena —dice mientras me da un chicle que desenvuelvo tirando el papel al suelo, a propósito.

—No. No es una pena, Albert. Es una mierda muy jodida.

—Bueno, yo...

—La gente se cree que un porro es algo inocuo, pero puede tener consecuencias muy serias, Albert. No deberías probarlo.

Albert se pone serio, no sabe si estoy bromeando.

Pienso en sonreír y dejar ahí la broma, pero algo me hace seguir adelante.

—Los porros te llevan a otras cosas, Albert. Yo tardé años en salir de la coca. No te metas en líos —le digo susurrando, casi al oído, improvisando, solo para ver su reacción.

—Joder.

—Te puede joder la vida, créeme.

Albert mira nervioso a los de Siemens y les recuerda que deberíamos subir para terminar la planificación.

*

Durante el resto de la tarde, Albert me evita y consigo desperdiciar pensando qué voy a hacer el resto de la semana con aquel

personaje. Al fin y al cabo, es menos molesto que otros compañeros de trabajo, pero tiene algo que me provoca. Me tengo más miedo a mí mismo que respeto por él. No consigo despegarme de su molesta presencia y terminamos cenando juntos en una franquicia de comida basura yanqui. Devora las costillas con frenesí. Cuanto más veo ese anillo, más enfermo me siento. Me prometo a mí mismo no vomitar, lo que estoy comiendo es tan asqueroso que es mejor que se quede dentro de mi cuerpo, no quiero ver cómo mancha la taza del váter.

En el mismo bar, insiste en pedir dos combinados. Es por la camarera, es agradable y claramente no es de aquí.

—¿De dónde eres? —pregunta él como si me leyera la mente.

—De Rumanía —replica ella.

—Ana, ¿con una 'n' o con dos enes? —pregunto yo, al leer el cartelito con su nombre encima de su pecho izquierdo.

—Con una —responde con una sonrisa tímida.

Las miradas de él y los comentarios que la acompañan hacen que me repliegue a un lugar que no existe, dentro de mí. Ni siquiera mis pensamientos ácidos me alcanzan allí, es como si desconectara lo que pienso y solo observo. En esa condición, puedo analizar lo que ocurre sin dejar participar a mis propias emociones. Es todo mucho más fácil.

Albert se pone nervioso cuando la chica viene. Quizás sea por su escote, aunque creo que es más bien porque cuando le habla, lo mira directamente a los ojos. Al principio ella lo hace sin querer, pero conforme pasa el tiempo y está claro que no nos vamos a ir, lo hace con más picardía.

Albert me cuenta su vida, o más bien un resumen lleno de elipsis. Sin hipo no hay mucho que contar. No hace falta ponerle hielo ni burbujas. El *whisky* tampoco da matices a una historia plana llena de fracasos por ausencia. Aun así se empeña en estirar los títulos de cada capítulo. Soltero, cobarde y arrepentido de su vida, pero sin saber explicarme qué otro camino podría haber tomado. Es una historia circular, como un mal chiste sin final, cada vez con

más acordes desafinados. Al final, el efecto de la bebida nos lleva de nuevo a las habitaciones, y cuando llego al ascensor y me miro al espejo, ya no recuerdo el rostro de la camarera. Solo su escote y la etiqueta con su nombre sobre la ropa. Observo mi rostro demacrado y cansado. Cobarde.

3. EL REINO

No puedo dormir. Me voy al baño, nervioso. Rebusco en el diminuto y estúpido neceser que compré hace poco más de un año, cuando tiré a la basura todo lo que me recordaba a ella. Me he dejado las pastillas. Mierda. Mierda. No voy a poder pegar el ojo. Qué diablos. Ayer pude dormir por las copas y por el cansancio, pero hoy... Hoy estoy jodido. Van a pasar muchas horas hasta que pueda pegar ojo y como no mantenga ocupada mi cabeza, no seré capaz de dormir ni una hora. Dios, qué desastre. Sin receta no podré comprar más pastillas. ¿Qué voy a hacer mañana?

*

Abro el portátil y me pongo a revisar los Excel. Me resulta insoportable. El trabajo me mantiene vivo, pero no puedo volver a esos números día y noche, no en el único momento en el que no tengo que disimular. Me pongo a buscar noticias en la red por pasar el rato. Qué pesados con el tema del Ártico y el deshielo. Un asesinato nuevo en Madrid, vaya, qué bien. Me pregunto si Estocolmo tendrá la misma cifra de muertes que Madrid y empiezo a documentarme, mi afición por los números es lo único que no he perdido. Tras un rato comparando cifras, llego a una tabla global y aprendo un poco más de cómo funciona el mundo. Dicen que el precio del Big Mac en cada país es indicador de muchas cosas, y es cierto. También el número de asesinatos y de violaciones dicen mucho de una sociedad, como lo hace la tasa de agentes de policía por habitante o el sueldo medio de un maestro. Hay muchos datos

que indican lo miserable que puede ser la vida en un país, y lo triste es que ninguno se salva. Por ejemplo, Suecia es uno de los países con una de las tasas de violaciones más altas del mundo y España uno de los países donde los profesores cobran menos respecto al salario medio del país. En Francia hay casi el mismo número de armas que en EE. UU. y, sin embargo, muchos menos tiroteos. Me gustaría dar con una clave, pero no la hay, o soy tan estúpido que no soy capaz de encontrarla. «No eres estúpido», me digo a mí mismo. Y lo sé, pero no puedo evitar decírmelo una y otra vez. Buscando entre los datos. Rebuscando una solución que no existe. El ser humano es malvado por naturaleza, pero no lo es porque quiera serlo, ni siquiera para eso vale, me repito a mí mismo; lo es por su propia estupidez y decadencia. Nadie hace maldades por sí mismo, siempre hay alguna justificación.

*

Hurgando entre los datos se me cruza una y otra vez una anomalía: el Reino. Para casi todas las escalas parecer ser una excepción; un país sin violencia de ningún tipo, con los más altos índices de educación, sanitarios, seguridad laboral, PIB. Todo. Lo tiene absolutamente todo. Es demasiado bueno para ser verdad. Sigo leyendo; hasta ahora siempre me había aburrido la biografía de Alvey, el fundador de todo aquello. Todo lo que leo parece sacado de una mala novela producto de una imaginación poco documentada.

Todo empezó como una cárcel privada montada por un tipo que había tenido éxito fundando una empresa en los noventa y vendiéndola por una millonada justo antes del *crash* de las punto-com del 99. Con toda la pasta que sacó al vender su chiringuito a Morgan Stanley se compró una isla perdida en el Pacífico Norte. «Otro rico zumbado más», debió pensar la gente, pero este no compró la Isla por el buen tiempo, las playas y el paisaje paradisíaco. De hecho, la Isla en cuestión se parecía más a un infierno helado en medio de ninguna parte que a otra cosa. Una isla propiedad

de Alaska. El imperio no se la vendió solo por dinero, sino por algunos compromisos que nadie comprendió en su momento.

No estaba pensando en las fiestas que haría, no; el tipo lo hizo con una idea en mente. Podía ser una isla agreste y con un tiempo de perros, pero era una isla bastante grande. Mirando las fotos antes de que empezara la construcción, sonrió de pura envidia ante lo que veo. Alvey gastó casi toda su fortuna y compró la isla y los derechos de sus aguas territoriales antes de fundar su propia nación. El plan lo tenía bien hilado, en eso coincidía todo el mundo. No, Mick Alvey no era ningún estúpido. Los malditos ingleses son los mejores piratas de la historia y, una vez más, Alvey lo demostró. En tan solo cinco años, Alvey pasó de ser un genio matemático a ser un multimillonario con una fortuna estimada en casi ciento ochenta mil millones de dólares. Una jugada maestra. Y la gente se preguntaba qué haría después con tanto dinero. Supongo que pensarían que se había vuelto loco cuando creó la primera cárcel privada del mundo en su isla y sus primeros inquilinos comenzaron a llegar de cárceles de Estados Unidos de América, incluidos todos los presos de Guantánamo. Muy pronto, la oferta de presos de otros lugares comenzó a llover desde decenas de países del primer mundo.

*

Fuera lo que fuera que hacía dentro de aquellas cárceles, sus índices de reinserción eran más altos que los de cualquier prisión del planeta. Además, los costes de cada preso resultaban inferiores a los de cualquier país civilizado como Francia o Estados Unidos. Los presos que habían cumplido condena allí aseguraban en entrevistas que esa experiencia había cambiado sus vidas, sin poder develar el secreto. El Reino no admitía presos con condenas de más de seis años y tenía vinculado un bonus a cambio de una reincidencia baja en los presos que liberaba. Los sueldos y las condiciones de vida del personal que trabajaba allí eran envidiables, al menos

según la información que el propio Reino autorizaba a publicar. Sin embargo, lo más importante no era la retribución del personal de las cárceles, sino el que incluyera todo tipo de servicios para las familias: desde colegios hasta una sanidad al más alto nivel y, por supuesto, una gran oferta de ocio. La junta administrativa del Reino se encargaba de que la familia de los trabajadores tuviera un buen trabajo, donde la seguridad era total. No existía el crimen en la Isla. El paro o el turismo estaban prohibidos; en realidad, si querías vivir ahí, tenías que trabajar y vivir bajo unas reglas muy estrictas. Sin embargo, si cumplías tu parte del contrato, el Reino cumplía su parte hasta la última coma. Psicólogos, maestros y médicos de primer nivel de todo el mundo habían emigrado allí con sus familias y consideraban un privilegio vivir en el país con mejores servicios y nivel de vida del planeta. El único castigo que existía por incumplir alguna norma era ser desterrado de por vida del Reino, y todos los comentarios que había en la red sobre ello coincidían en lo mismo: aquel era un castigo demasiado duro, similar a ser expulsado del paraíso. Hasta los presos que reincidían dentro de sus cárceles eran expulsados a sus países de origen, con gran frustración para ellos tras entender la oportunidad que habían perdido.

*

El sueño me invade. Hay tanta información que me satura. El mapa de la Isla me llama la atención. Es grande, casi tanto como Mallorca. Cifras y más cifras. Ya tengo bastante.

Bostezo. Apago la luz y empiezo a hacer mis ejercicios de respiración, pensando en que debería enterarme de alguna cosa más del Reino aprovechando que los compañeros de Siemens tienen información de primera mano. El secretismo alrededor del tema me fascina, y necesito con urgencia fascinarme por algo.

4. LÁGRIMAS CONDENADAS

Los bostezos por la mañana saben a bizcocho. Eso decía mi madre, o al menos es lo que quiero recordar en este momento. Sería muy triste que un recuerdo tan bonito fuera parte del diálogo de una película de Hollywood, pero no lo descarto. Remuevo el café mientras mi boca no para de abrirse. De fondo, escucho la conversación de Albert sobre algoritmos de minado de criptomonedas. No para de hablar sobre el tema y me aburre mortalmente. Asiento un par de veces y cuando hace una pausa, cambio el rumbo de su perorata.

—Anoche estuve leyendo sobre el Reino. Menuda tienen montada —digo, confiando que se olvide del tema anterior.

—¿Por? —pregunta sin darse cuenta del cambio de tema.

—Una isla en mitad de ninguna parte, un estado privado...

—No me interesa. Es una cárcel de oro —zanja, bajando la vista a su taza de café.

—Ya, bueno, está la cárcel y luego los proyectos que hacen para el resto de multinacionales: Microsoft, Amazon, SAP, Boeing, Siemens y cincuenta más —digo.

—No, me refero a que allí, ¿qué haces además de trabajar? —pregunta, volviendo a mi tema de conversación.

Lo miro pensando qué puedo decirle que no parezca un insulto.

—¿Lo mismo que aquí?

No me contesta, como si le costara darse cuenta de algo tan obvio como el que nadie lo espera en casa. Ni en ninguna parte.

—Es diferente. Aquí por lo menos tengo amigos...

Debería decirle que sí o asentir con la cabeza, pero no puedo callarme.

—¿De verdad?, quiero decir, ¿no estás cansado de hacer lo mismo todos los fines de semana en Madrid? Los mismos bares, las mismas rutinas...

—Bueno..., no —responde. El silencio se arrastra bajo la mirada esquiva de Albert y siento que es tan tímido que ni siquiera sabe mostrarse molesto por lo que estoy insinuando.

Me dan ganas de tirarle el café en la cara y no sé por qué. Durante unos segundos discuto conmigo mismo y gana el de siempre.

Me bebo el café de un trago.

—Pues a mí me parece interesante. A ver si a la hora de comer me cuentan algo los de Siemens —digo para zanzar el tema.

*

En las reuniones, los diagramas Gantt pasan bajo mis ojos como enormes arañas que beben la sangre de sus víctimas con agujijones largos como agujas. Néctar de color azul, verde y amarillo sube desde el espinazo de los chicos del equipo. Toda esa sangre de colores revuelta. Me la imagino en un vaso de cristal con hielo, y una pajita blanca, larga, larga, y curvada, que sube y sube hasta la horrible boca de un demonio con un bigote lleno de pelos sin arreglar.

Necesito salir de ahí como sea, pero aún me quedan horas hasta poder terminar, así que insisto de forma brusca en encontrar una solución al problema que nos bloquea desde que llegamos. Propongo una alternativa que hará que los de Siemens trabajen menos y los convengo de que así podremos terminar antes, reciclando parte del trabajo de otro proyecto. Me pregunto si nuestra realidad no será como uno de estos proyectos, un copipega que ya no recuerda el origen y le da igual el futuro. Todo de una mediocridad indefinida, ya que las copias son indistinguibles, excepto por los nombres y las fechas. Quizás nuestras vidas sean simplemente una

copia de otra igual, en otra vida, con otro nombre y otros detalles variables que han sido copiados de forma aleatoria de un almacén de recuerdos genéricos. Una sonrisa comiendo palomitas y pasando frío una tarde en el parque, una bofetada y un beso, el tacto de la ropa áspera recién lavada y el sueño de una madrugada llena de escarcha y vaho. Todo falso. Control-C, Control-V.

Antes de levantarnos de la mesa, me imagino sacando una pistola del bolsillo de mi chaqueta y disparando a bocajarro al gordo de Siemens que cecea. Albert se quedaría pálido, preguntando que qué estaba haciendo, mientras el tipo alto de Siemens intentaría salir de la sala. Le dispararía por la espalda y caería de boca sobre el mueble del café, rebotando y tirándolo todo.

Seguro que Albert se mearía encima.

Sonrío y compruebo que llevo la tarjeta de identificación en la chaqueta. No cabría una pistola en el bolsillo. Quizás una pequeña, una 22 de cuatro pulgadas. No sé.

Logro llegar a la comida. Me he dejado las pastillas en el hotel y no me he tragado la de la mañana. Después de que me las enviaran por mensajero desde Madrid debería hacer el esfuerzo de tomarlas. Debería ir al hotel y engullirlas, pero esta noche me voy a emborrachar y es mejor no mezclar.

Los tipos de Siemens no paran de hablar del Reino, así que me integro en la conversación rápido.

—¿Es cierto lo que dicen del Reino en internet? —pregunto.

—No creo, todo el que entra tiene un NDA de los serios. Investigan a los que van a entrar y a los que salen; como alguien filtre algo, le joderían la vida con un pleito multimillonario, además de no poder volver de por vida. Y no bromean. Yo, desde luego, lo poco que sé no lo voy diciendo por ahí.

—¿Como qué?

—Cosas que me han contado algunos compañeros.

Me quedo esperando a ver si pica, pero no suelta prenda. Sonríe, sin duda sabe a lo que estoy jugando.

Alzo la copa de agua y brindo por el Reino:

—Por un nuevo comienzo —digo.

Uno de ellos, Jaime, brinda conmigo; el otro mira a Albert y hace lo que él: ignorarnos.

—De veras me interesa —insisto.

—¿De tu empresa no se ha ido nadie? —pregunta.

—No, aunque tampoco estoy muy al día de lo que ocurre en mi empresa. Supongo que habrá mucha gente que no quiere irse fuera seis meses

—Como mínimo —añade él.

—Supongo que no compensa, ¿no?

—Cada uno tiene su vida, pero yo creo que no es como un trabajo normal. Me han contado cosas increíbles...

Aquí no puedo disimular y me acerco a él, intrigado.

—¿Incríbles?

—Si me invitas a una copa esta noche, te lo cuento. Mi compañero es un coñazo —dice. Se gira hacia el tipo obeso que cecea para verificar que está lejos del alcance de nuestra conversación.

—Hecho, pero me tendré que librar del mío. Es como un perro de compañía —replico.

No da tiempo a más, los cachorros se nos pegan a la pierna y no tenemos más huesos para ellos. Pagamos la cuenta y, mientras, me escabullo hacia el baño deseando vaciar el interior de mi estómago.

El postre se me enrosca en el estómago como un gusano de cemento, y siento que no podré levantarme de la silla para vomitar en el baño. No obstante, y con esfuerzo, me excuso para ir al lavabo antes de que aquello se solidifique. Mientras vomito recuerdo por unos instantes un olor que había olvidado y, entre arcada y arcada, procuro desterrar ese pensamiento que nada contracorriente. En el fondo sé de qué se trata y lo reprimo. No, no ahora. Fijo la mirada en la imagen concéntrica que da vueltas en el fondo de la taza. Tiro de la cadena y dejo que las lágrimas me goteen por la nariz. Lo he echado, al menos por ahora.

Hay dos gotas amarillentas sobre la cerámica del borde de la taza. Las limpio con papel. Al otro lado de la puerta, escucho la voz de Albert.

—Hey, Mikel, ¿estás bien?

«Maldito enano subnormal», pienso cogido por sorpresa.

—Sí... Gracias. Me ha debido sentar algo mal, no me encuentro muy bien. ¿Te importa terminar tú el boceto de análisis para lo del punto tres de la propuesta?

—Claro, Mikel, no te preocupes; ya hemos hecho casi todo.

—Gracias, Albert —digo mientras tiro de la cadena otra vez.

Bajo la tapa y me siento en la taza, incapaz de imaginar los ojos saltones de Albert preocupados por mí al otro lado. No sabría qué hacer. Quizás lo empujara contra el lavabo para desnucarlo y dejar su cuerpo en aquel cuarto de baño hasta que se enfriara. Nadie lo va a echar de menos, pienso, pero en vez de eso, simplemente espero a que se vaya del cuarto de baño.

Alguien debería decirle la verdad: que es un miserable y que no quiero pasar el tiempo que me queda con él; pero reflexiono y me doy cuenta de que es un pobre diablo y que no merece estar con alguien como yo.

Me siento vacío y me arde el pecho por el vómito. Salgo del retrete y me observo en el espejo. Hago gárgaras con agua fría. No puedo acostumbrarme a la sensación de abrasarme por dentro. Me mojo las manos. Con la barba y los kilos de menos no me reconozco. Me obligo a tragar agua y me examino de nuevo para ver si he manchado la corbata. Luego cojo el móvil y escribo a Jaime, el tipo de Siemens, que me ha dado su número antes:

«A las nueve fuera del hotel, al lado de la parada de taxis», escribo.

Tarda en responder, pero al final asiente con un emoticono y un escueto texto: «Ok».

La imagen del espejo me sonrío. Pero no sé por qué lo hace.

